

SANDRA
BARNEDA



LA TIERRA
DE LAS
MUJERES

Sandra Barneda



La Tierra de las Mujeres

Descubrieron su pasado, comprendieron
su presente, dibujaron su futuro

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sandra Barneda, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 2.477-2024

ISBN: 978-84-08-27924-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España



Una ráfaga de viento huracanado las arrojó al suelo sin tiempo de frenar la caída.

—¿Estáis bien?

Las niñas miraron a su madre sin contestar, con los ojos bien abiertos y cierta insatisfacción. La pequeña Adele levantó una mano llena de barro. Kate huyó del barrizal de un salto y descargó toda su rabia, gritándole a ese viento endemoniado una infinidad de exabruptos. Aprovechó para cargar contra su madre y rebelarse una vez más por estar allí, en contra de su voluntad.

—*This is a shit and you know it!**

No era el lugar más adecuado para un rifirrafe con Kate, estaba cansada por el largo viaje y hasta el moño de oír a su hija protestar por todo desde que salieron de Nueva York. ¡Cierto! No había sido el mejor de los comienzos, pero se negaba a que fuera el presagio de su estancia en aquel remoto lugar. Se levantó, sacudiéndose con dignidad el vestido empapado de barro, agarró la maleta y, contra el viento, reanudó la marcha. ¡Cierto! Iban demasiado cargadas, con unas maletas poco adecuadas para caminos de tierra y excesivamente pizpiretas para un lugar como

* —Esto es una mierda y lo sabes.

ese, que olía a excremento de animal. Kate y Adele tardaron en reaccionar, pero, al ver que su madre se alejaba y las dejaba en medio de aquel descampado, reemprendieron la marcha. Kate terminó cargando con la maleta de su hermana; la pequeña siempre conseguía sacar lo mejor de ella. Era su debilidad, y no podía verla sufrir. Avanzaron por una carretera asfaltada de doble sentido, por donde pasaban los coches a toda velocidad.

—¡Kate! No sueltes a tu hermana y cuidado con los coches. ¿Me haaas oíído?

El viento suspendió en el aire las protestas estériles de Kate. De nada le había servido toda la cadena de argumentos para evitar estar allí, con su hermana y su madre, lejos de sus amigas, de su casa, de su habitación y de sus Gotham Girls. Eso era lo que más le había dolido: apenas haber podido despedirse de sus compañeras y dejarlas en la estacada durante una semana. «*Just one week, mom!*»* No poder estar con ellas en el próximo partido de la Roller Derby Junior League y... si la cosa se alargaba en ese infame lugar..., ¡se piraba!

Kate era una Jamer, una de las corredoras y anotadoras imprescindibles para el equipo. Para ella llevar la estrella en el casco era ser líder, y una líder... ¡nunca abandona a su manada! Su madre ni la entendía ni le interesaba la Roller Derby, un deporte bruto, poco bello, en el que mujeres en patines se dedican a correr por una pista oval y a darse empujones y codazos para evitar que el contrario llegue a puerto. A Adele en cambio le divertía ver a su hermana, pero algunas de sus amigas le caían un poco mal porque tenían cara de perro rabioso. Kate adoraba sus *rollers* y se sentía frustrada por la fuga repentina, el abando-

* «¡Solo una semana, mamá!»

no imperdonable, y aún más al verse en aquel lugar inhóspito, tan poco amigable.

Adele sentía la rabia de Kate por cómo le estrujaba sin control la mano hasta dolerle. Aunque admiraba a su hermana, le costaba entender que viviera en permanente pelea con su madre. Ella tampoco estaba convencida de aquella aventura, apenas entendía qué hacían tan lejos de casa, pero era una pequeña *scout* y... ¡los *scouts* no se rinden a la primera! No formaba parte de ningún grupo, pero soñaba con ser una exploradora y descubrir lugares nuevos con tesoros escondidos y animales extraños. Adele vivía en la fantasía y todo lo miraba con el prisma de su gran imaginación. Siempre estaba en las nubes o devorando un libro sobre planetas desconocidos.

Gala se detuvo a esperarlas. Tan distintas y tan suyas al mismo tiempo. Dudaba de si había sido una buena idea llevárselas consigo y no haberlas dejado con Frederick. Aquel lugar inhóspito, lleno de casas de piedra vieja con apariencia de estar semiabandonadas, con las ventanas cerradas, sin nadie por la calle... ¿Dónde las había metido? En aquella ocasión, su terquedad quizá la había llevado demasiado lejos. Frederick ya le dijo que se fuera ella sola y dejara a las niñas en paz. Pero se negó en redondo a dejarlas, a abandonarlas, a que su marido se ocupara de ellas contratando canguros porque siempre carecía de tiempo para sus hijas. Se había casado con un *workaholic* que no tenía la menor intención de curarse. El trabajo era lo más importante, su cuerpo lo segundo, lo tercero sus hijas y, en cuarto lugar, ella. La cuidaba, la amaba en la cama, pero a veces no soportaba a Don Pluscuamperfecto y sus sermones de ética y moralidad. Él podía ser el doctor Frederick Donovan, pero ella era una Marlborough, oriunda de Boston, rica y educada para gobernar y no ser gobernada.

—*So... what?**

Miró a sus hijas, que descansaban, sentadas en sus maletas. Kate seguía empeñada en no hablar en castellano con ella, pero ese era el idioma de su abuelo y era la ocasión perfecta para aprovechar el viaje y ¡practicarlo!

—Ahora vamos a buscar la Casa Xatart, la casa de mi tía abuela.

Lo dijo desafiante, con su mejor acento y sin un atisbo de duda en sus palabras. El cielo, a modo de presagio, se había tornado de un rojo anaranjado. Kate estaba a punto de conseguir sacarla de sus casillas. Respiró profundamente y dejó que la fuerza del viento se llevara la ira. No vio nada de bello en esos tules de nube sedosa que adornaban el cielo, no vio belleza en aquella tierra que tenía algo de ella, aunque fuera tan lejano y desconocido.

¡La Muga! La tierra donde había nacido su padre... Adele le tomó la mano y tiró de ella señalando una casa al fondo, con una verja enorme y una cenefa de baldosas incrustada en la pared que rezaba CAN XATART. Las tres se acercaron lo más deprisa que el viento les permitió. Kate abandonó su maleta a medio camino para esprintar y ser la primera en llegar. Se agarró a los barrotes e intentó asomarse para ver cuál iba a ser su terrible realidad. Apenas un jardín con una gran enredadera trepadora que vestía parte de las paredes y, al final, una puerta de madera carcomida que daba a la entrada de la casa. ¡Habían llegado! Adele soltó a su madre y miró boquiabierta todo aquel mundo nuevo por descubrir. Kate, al igual que su madre, no daba crédito al ver el lugar en el que se habían metido. La miró de reojo y la vio tan angustiada que decidió bajar la cabeza y dejar por unos instantes la queja.

* —Y... ¿qué?

«¿Quién querría comprar esta casucha de piedra y medio en ruinas?», fue su primer pensamiento, y sabía que su madre estaba en lo mismo. ¿Aquello valía tanto dinero? Kate no sabía de casas ni le interesaban lo más mínimo, pero comenzaba a sospechar que una semana era demasiado poco tiempo para resolver todo el rollo de la herencia de la tía abuela de su madre, mujer de la que nunca había oído hablar. Ni de Amelia Xatart, ni de aquel lugar, ni siquiera de su abuelo, que murió cuando su madre apenas tenía cinco años.

Kate entró con los ojos borrachos de sueño y saturada por su propia negación a estar allí. Todo le parecía espantoso, demasiado para descubrirlo a esas horas. No quiso ver nada de la casa, ni siquiera detenerse a comer recostada en cualquier silla pulgosa. Apenas tenían unos bocadillos que su madre había comprado en el aeropuerto. Estaba noqueada, sobrepasada por aquella infame realidad. Adele, en cambio, devoró el bocadillo primero y cayó al instante después. ¡Instintos primarios! Kate se fue con su hermana a la cama, sin despedirse, sin desearle buenas noches a su madre. Tampoco la mandó al infierno; no le hizo falta, porque aquel lugar se le parecía mucho.

Gala se quedó en la planta baja, a la luz de un viejo candil, sentada en un magullado sillón orejero con la mirada congelada y el cuerpo encogido por el frío y la impresión de aquel lugar. No recordaba el tiempo que estuvo sin aliento, solo cómo un dolor intenso en la mandíbula le hizo salir de su estado de estupefacción. Había apretado los dientes hasta casi partirse una muela de la tensión acumulada.

—*What the hell am I doing here?**

* —¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

Es lo que pasa por dejarse llevar por las señales y olvidarse de la lógica aplastante. Cualquiera en su sano juicio habría meditado la idea de salir zumbando de Nueva York con sus dos hijas en menos de cuarenta y ocho horas rumbo a un lugar llamado La Muga, un pueblucho al este de España de menos de trescientos habitantes, cerca de la frontera con Francia. Pero se dejó guiar por una fecha, 12 del 12 de 2012, y una llamada inesperada.

El mismo día que recibió la llamada se levantó con una extraña sensación premonitoria, como si algo bueno le tuviera que ocurrir. No cambió sus rutinas, hizo exactamente lo mismo que el día anterior y el otro y el otro. Pero se sentía distinta, con una energía diferente y, sobre todo, expectante. Desde pequeña, siempre se había dejado llevar por las señales y, aunque más que beneficiarla la mayoría de las veces la habían perjudicado, Gala era supersticiosa y no podía evitarlo. Por suerte, esos fogonazos de ceguera de la razón le sucedían con suficiente distancia temporal como para que los demás, lejos de preocuparse, se lo tomaran como una pequeña excentricidad. Quizá en esta ocasión había ido demasiado lejos con las dichosas señales.

Por la tarde, a punto de ir a recoger a las niñas al colegio, instantes antes de salir... sonó el teléfono varias veces. Gala lo ignoró hasta que saltó el contestador.

—*Good afternoon... Mmm... I'm Robert Riudaneu, Amelia Xatart's aaat... torney. I need to get... mmm... in touch with Gala Marlborough Xatart in relation to... mmm... her great aunt. She is... deceased... mmm... and Mrs. Marlborough is her most immediate family. Please...*

—*Hello? Oh... Hi... yes, yes... I'm Gala Marlborough.**

* —Buenas tardes... Mmm... Soy Robert Riudaneu, aaa... bogado de Amelia Xatart. Necesito ponerme... mmm... en contacto con Gala

El primer minuto de conversación rozó el surrealismo. Gala apenas entendía nada de lo que trataba de contarle aquel hombre. Hablaba con un acento extraño, y los nervios de aquella situación le trababan la concentración. Todo fue confuso hasta que tuvo un momento de lucidez.

—¿Prefiere que hablemos en castellano? Lo hablo y entiendo perfectamente.

Gala lo había estudiado de pequeña y, aunque su acento la delataba, podía mantener una conversación sin un atisbo de duda en el habla. En cuanto empezó a comprender, sintió que los planetas se alineaban y que su energía premonitrice no había caído en saco roto. Amelia Xatart, una tía abuela de la que desconocía su existencia, había muerto hacía apenas unos días, dejando un testamento sellado. Ella resultaba ser la familiar directa más cercana.

¿Cómo era posible todo aquello? Sintió que una compuerta se abría con aquella llamada.

Después de morir su padre, cuando ella era muy pequeña, su madre decidió enterrar con él todos sus recuerdos, y apenas consiguió que le contara que era un hombre de campo de un pueblecito y que lo dejó todo por amor. Alguna vez ciertos remordimientos le rasparon las entrañas por no indagar más sobre su padre, pero al fin y al cabo, según le había contado su madre, no había familiares vivos, solo un pueblo... ¡Nada más! Aquella llamada parecía cambiarlo todo. «¿Herederera?»

Desde la cuna, gozaba de una posición privilegiada: pertenecía a una de las familias más antiguas de Boston, era una Marlborough, una aristócrata, de uno de los po-

Marlborough Xatart en relación con... mmm... con su tía abuela. Ella ha... fallecido... mmm... y Mrs. Marlborough es su familiar más directo. Por favor...

—¿Hola? Oh... Hola..., sí, sí... Soy Gala Marlborough.

cos clanes que habían sabido conservar, con el paso de los años, las tres P: posición, prestigio y posesiones. Los Marlborough eran apreciados, temidos, pero sobre todo infinitamente ricos. Ella era la única heredera de Julianne Marlborough, su madre. Al casarse con Frederick, desobedeciendo a la matriarca, rompió la regla de oro de los Marlborough: contraer matrimonios de conveniencia. Al fin y al cabo, su madre había hecho lo mismo, se había casado con un campesino, ganándose para siempre el desprecio de buena parte de los Marlborough. Su madre asistió a la boda, pero poco más.

El mismo día de su enlace decidió que nadie gobernaría su vida: ni los Marlborough ni su marido, el reputadísimo cirujano plástico Frederick Donovan. Con el paso de los años se percató de un sutil error de cálculo: nada había cambiado, porque seguía siendo una dependiente. Dependía económicamente de su marido, como lo había hecho antes de su madre. Desde que Adele cumplió cinco años, Gala se empeñó en montar su propio negocio, en trabajar, en ser autónoma, en sacar a relucir su talento. Le presentó a Frederick una docena de ideas de negocio: desde una *bakery & tea shop* hasta un excéntrico club privado para mujeres donde debatir, hacer cursos, compartir libros y confidencias con otras *housewives* desesperadas por hacer de su vida algo más que criar a los niños. Los noes de Frederick, lejos de desanimarla, la hicieron más fuerte. Ella era licenciada en Artes y Humanidades por la prestigiosa Universidad de Harvard y, aunque jamás había puesto en práctica sus conocimientos, ahí estaban, y no dudaba de que encontraría la manera de mostrarlos al mundo, a pesar de las negativas de Don Pluscuamperfecto.

Aquella llamada la dejó empañada de sueños. Ese fue uno de esos días en los que el GPS integrado demostró su

utilidad. Con la mente en otro lugar y las manos en el volante, sin saber cuánto tiempo ni cómo, sin saber apenas nada, llegó a la Brearley School con algo más de diez minutos de retraso. Allí la esperaban Kate y Adele, cada una con una actitud diferente, cada una con su personalidad. Adele seguía entusiasmada con la asignatura de Teatro, había descubierto el poder de la oratoria y disfrutaba disfrazándose. Kate solo pensaba en las Gotham Girls y la Roller Derby League, un deporte que poco tenía que ver con ser una Brearley Girl, pero había sido una promesa y su premio por ser una de las mejores alumnas de su clase. Kate era tan inteligente como diferente, y eso era todo un problema a partes iguales.

Llegaban tarde al Instituto Cervantes de Nueva York, apenas diez minutos en coche hasta el 211 de la calle Cuarenta y nueve Este, pero el tráfico en la Gran Manzana, aparte de insoportable, es para adinerados y valientes. Aunque Gala no era demasiado talentosa al volante, se empeñaba todos los lunes en llevar a las niñas a clase de español. Era su tarde para la fotografía en el International Center of Photography, en el 1133 de la Sexta Avenida, a poco menos de quince minutos andando por Midtown West. Eran sus tardes de arte, de café y *bagels*. ¡Le encantaban los *bagels* de pan de amapola con requesón y salmón ahumado! Adoraba los lunes por la tarde, y ese en concreto más.

Dejó a las niñas y se quedó en la Bagel Shop. Necesitaba digerir aquella llamada. Necesitaba decidir si acudía a la cita al otro lado del mundo el 12 del 12 de 2012 a las doce de la mañana. Pronunciar, aunque fuera mentalmente, esa fecha le aceleraba el pulso. Un extraño colibrí eléctrico recorría su cuerpo de los pies a la cabeza. Aquella llamada podía cambiar su vida: solo necesitaba un gol-

pe de valentía y hacer caso a su instinto. «¡La señal es para ciegos!» 12 del 12 de 2012 a las doce de la mañana. Más claro, imposible, el último número redondo hasta dentro de noventa años. Nueve días antes de la fatídica fecha del fin del mundo que habían vaticinado los mayas. Todo parecía encajar en una especie de espiral sin fin ni sentido, pero presentía que podía dar un giro a su vida. «¡Al fin autónoma y con dinero propio para montar lo que yo quiera!» La cabeza le explotaba de emoción y vértigo al mismo tiempo. Tenía la absoluta certeza de que no la habrían llamado si no se tratara de una buena suma de dinero, y que resolver los trámites no le llevaría más de una semana. Tiempo para volver y pasar las Navidades en casa. Frederick tenía un par de operaciones en la clínica de Los Ángeles. Sintió que debía hacerlo, sin pedir permiso, sin apenas consultar ni hablar con nadie.

—A Frederick... ¡lo justo! A mi madre... ¡Mejor que no lo sepa!

Sentía su corazón bombear a límites de estallido. Hubiera deseado dejarse empapar por la lluvia, pasear descalza por Central Park, hacer un *plum cake* de pasas y nueces y comérselo de una tacada. Como su pequeña Adele, ella siempre había soñado con encontrar tesoros, y lo curioso era que el tesoro... ¡había llamado a su puerta!

Miró la hora en su móvil: las seis menos veinte del 10 del 12 de 2012. Comenzaba la cuenta atrás para organizarse y llegar a tiempo a su cita con ese abogado del que ni siquiera se había apuntado el nombre. Aprovechó la aplicación de Google Earth que le había instalado su hija Kate en el móvil para fisgar el pueblo desde la distancia, nunca mejor dicho. No sabía ninguna calle, ni dirección, solo el nombre del pequeño pueblo: La Muga. «¿A cuántos kilómetros estamos de allí? ¿Cuál será el aeropuerto más cer-

cano? ¿Cómo llegaremos al pueblo?» Volvió a mirar el reloj, apenas habían pasado unos minutos. A las seis en punto había quedado en hablar, un poco más tranquila, con el abogado. Tenía la cabeza a punto de explotar con tantas preguntas y dudas. Necesitaba confirmarle a aquel hombre que acudiría a la cita, para reafirmarse a sí misma y no venirse abajo. Necesitaba contarle a sus hijas que se iban de viaje, que esa misma noche debían preparar la maleta y ayudar a su madre a buscar un tesoro. «¡Quizá si lo explico como un juego se lo tomen mejor!» Cerró Google Earth antes de fisgar el pueblo, pensó que sería mejor no condicionarse por el aspecto del lugar. Al fin y al cabo, no iba para quedarse, sino por el tesoro, por el dinero... ¡La herencia de su tía abuela!

Aprovechó bien ese tiempo antes de recoger a las niñas para apuntar todo lo que debía hacer antes de partir.

¿Pasaporte? «En regla, en verano estuvimos en las Maldivas.»

Billetes de avión y hotel. Solo necesitaba llamar a la agencia de viajes y que se lo organizaran. «¿Cuál es el aeropuerto más cercano? ¿Madrid?»

Llamar a la directora de la Brearley School y pedir permiso para que las niñas se pudieran ausentar hasta después de Navidades. «La muerte de un familiar es más que suficiente.»

Maletas. «¿Qué llevarse? No hay tiempo para decidir demasiado. Mirar la temperatura y meter cuantas más cosas mejor.»

¿Vacunas? Por un momento se le paró el corazón. Dudó si para viajar a España se precisaba algún tipo de vacuna. El susto le duró tan solo unos segundos, el tiempo en que su mente tardó en subsanar el pequeño lapsus: aunque esté a un paso..., España no es África, sino Europa. Frederick...

No le apetecía enfrentarse a eso, ni siquiera visualizar el momento en el que le contara a su marido que se iba una semana con sus hijas a recibir una herencia de un familiar desconocido.

Decidió aprovechar mejor el tiempo y lanzarse a por la segunda opción: llamar a la agencia y que le fueran preparando los billetes. Apenas duró cinco minutos la conversación, tenía el tiempo justo y Nathaly era lo suficientemente eficiente para pillarlo al vuelo. A las seis en punto. Bueno, a las seis y dos minutos para ser exactos (tuvo que proceder al vaciado completo del bolso para dar con el papelillo donde había anotado el número de teléfono del abogado de su tía abuela). Superado el percance, llamó y esperó con ansia la respuesta, carraspeando para evitar que, con los nervios, le fallara la voz a la primera.

—Gala Marlborough al teléfono. He quedado con...

No recordaba el nombre del abogado. Sintió cierta vergüenza por tal descuido, pero, antes de percibir el calor de la subida de temperatura corporal, la voz la sacó de dudas desde el otro lado.

—Robert Riudaneu. Yo mismo, señora Marlborough. Hemos hablado hace apenas tres horas sobre el testamento de su tía abuela: Amelia Xatart.

Conversaron no más de veinte minutos. Tiempo suficiente para reorganizarse con la nueva situación y rebajar la tensión. Aquel joven parecía saber hacer muy bien su trabajo y lo tenía todo perfectamente planeado. Si ella lo deseaba, podía organizarle el viaje y no tener que ocuparse de nada.

—Es que voy a ir acompañada, ¿sabe? De mis dos hijas, Katherine y Adele.

No daba crédito a que incluso su tía abuela hubiera organizado el viaje. Eso dejaba bien claro que ella sí que

sabía de su existencia, y demostraba cierto aprecio o delicadeza por su parte. Gala dudó si dejarse llevar por un desconocido y finalmente decidió declinar la oferta al cincuenta por ciento. Ella se encargaba de los billetes (bueno, Nathaly) y el señor Riudaneu de contratar un coche con chófer para que las llevara del aeropuerto al pueblo: La Muga.

—¿Quiere usted decir que lo más aconsejable es que me quede en la casa?

—Era el deseo de su tía abuela. Aunque... como usted desee, nadie la obliga a ello.

Estaba segura de que la comodidad la encontraría en un hotel de cuatro estrellas o más. Pero no dormir en la casa le parecía una mala señal, y una descortesía ante la amabilidad de su difunta tía abuela, que tan generosa había sido con ella. De nuevo Gala barajó el nivel de superstición y pensó que prefería la incomodidad al mal fario de una difunta.

—¡Decidido! Dormiremos en la casa. Al menos la primera noche. Si las niñas —eran una buena excusa para todo— no se sienten mal, nos quedaremos toda la semana.

—¿Una semana?

Gala percibió cierta sorpresa. Pero se había propuesto potenciar su seguridad y no dar rienda suelta a sus inseguridades. Así que no dio pie a comentario alguno sobre la duración de su estancia.

—Sí, una semana.

El señor Riudaneu entendió la seca respuesta y evitó comentario alguno al respecto. Antes de colgar, le comunicó una última cosa. Por motivos laborales, le iba a ser del todo imposible acudir a recibirlas. Con toda la amabilidad que hasta el momento le había caracterizado, enumeró infinidad de excusas hasta que Gala se cansó de escuchar-

las. Se encontrarían en un pueblo cercano, Perelada, el 12 del 12 de 2012 a las doce del mediodía. Al despedirse, le deseó cortésmente buen viaje para ella y para sus hijas «Katherine y Adele». Le sorprendió que se acordara de sus nombres; definitivamente, aquel hombre daba la impresión de ser un profesional.

Organizar el viaje resultó rápido y fácil. La auténtica pesadilla fue salir de su apartamento con sus dos hijas y serena. Lo segundo no lo consiguió, pero mereció la pena perder la compostura y salirse con la suya. Ella era una Marlborough y, aunque la casa se estuviera incendiando, apenas perdía el tono. Pero aquella noche, en casa, terminó lanzándole la pizza a Don Pluscuamperfecto. ¡Sí! Fue una pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella porque era lunes, y los lunes era día de pizza. Frederick tenía por costumbre no viajar en lunes y eso aumentaba las posibilidades de cenar todos juntos, aunque solo fuera una vez a la semana. Antes de que su marido llegara a casa, habló con Kate y Adele. Las reunió en el salón a las dos, las colocó en uno de los sofás, ella se sentó en el sillón otomano blanco de enfrente y esperó en silencio a que le llegara la frase más adecuada para soltar la bomba. Las niñas la miraban expectantes. Gala optó, en esa ocasión, por ser directa y escueta.

—*We are going to Spain for a week. On our own, without your father. We fly early tomorrow afternoon. Any questions before you start packing?*

—*Are you crazy? I'm not going anywhere!!!**

* —Nos vamos a España una semana. Solas, sin vuestro padre. Volamos mañana a primera hora de la tarde. ¿Alguna pregunta antes de empezar a hacer las maletas?

—¿Estás loca? ¡¡Yo no me voy a ninguna parte!!!

Kate mascaba chicle y casi se lo tragó al oír la noticia. También fue la primera en responder a su madre. Apenas gritó porque llevaba el susto en el cuerpo. ¡No podía perderse el primer partido de *playoffs*! Era como preparar un pastel y no comerse ni una miga; o viajar a la playa y no bañarse. Kate encadenó insultos, ruegos y súplicas para evitar que su vida cayera en desgracia. Faltar a un partido de la ronda final de la Roller Derby League era abandonar a sus Gothams ¡en el peor momento! Gala escuchaba a su hija como si oyera llover... ¡Ese endemoniado deporte la tenía abducida! Adele se abstuvo, prefirió observar la escena. Aquello parecía el principio de una larga tormenta. Madre e hija se enzarzaron en una desordenada discusión que terminó cuando Kate, sobrellevada por la impotencia, se encerró en su habitación dando un portazo. Adele observó y prefirió dejar para el viaje todos los interrogantes menos uno.

—*Mom, where is Spain?***

Gala acarició la cara de su hija con delicadeza, la miró tiernamente a los ojos y soltó un profundo suspiro.

—*Not so far away, Del, not so far away.***

Le resultaba complicado situar los países en el mapa-mundi y, a pesar de que en el Instituto Cervantes le habían repetido hasta la saciedad dónde quedaba España, Adele vivía en su propio mundo regido por sus propias normas y a veces eso significaba no quedarse con lo básico y sí con lo más complejo. Adele se quedó más tranquila con la respuesta de Gala. A ella, cuanto más lejos, mejor, más por explorar. Antes de meterse en su habitación se giró hacia su madre y, con una sonrisa picarona al tiempo

* —Mamá, ¿dónde está España?

** —No muy lejos, Del, no muy lejos.

que dulce, alzó la mano derecha y extendió los dedos índice, corazón y anular.

—*Be prepared, mom.**

Gala imitó a su hija con el saludo de los *scouts* y, con la mano izquierda, se palmeó el corazón y repitió la frase: «*Be prepared!*», uno de los lemas de los *scouts*: estar siempre listos para explorar.

Nathaly le avisó de que tenía tan solo una opción de vuelo si deseaba llegar a la cita del 12 del 12 de 2012 a las doce de la mañana. La única alternativa era tomar el de las ocho de la mañana y aterrizar en Barcelona a las doce de la noche del día 12 del 12 de 2012.

—*Oh, that's great!***

Nuevamente la fecha, de la otra única manera en que podía encajar. Gala tuvo la certeza de que debía tomar ese avión y de que, aunque fuera un viaje largo y pesado, todo iba a ir rodado.

En cuanto colgó con Nathaly, entró en la habitación de Kate para hacer con ella la maleta, esa que su *teenage girl* ni siquiera había sacado del armario. Su hija mayor estaba encima de la cama con los auriculares a todo volumen y los brazos cruzados. Cuando no hay tiempo para discutir ni negociar, lo mejor es tomar la iniciativa. Si algo detesta una adolescente es que alguien decida por ella qué ropa meter en la maleta. Gala no llevaba ni dos minutos con la faena cuando Kate se abalanzó sobre ella para evitar que su madre le metiera el jersey gris con un árbol de Navidad gigante en el centro que cumplía un año en el armario con la etiqueta puesta. Su abuela Julianne se lo había regalado las Navidades pasadas y casi lo descuartiza allí

* —Siempre lista, mamá.

** —¡Oh, eso es genial!

mismo. ¿Susto o muerte? Sabía que estaba perdida, no era mayor de edad y, aunque se lo pidiera a su padre, no había opción de quedarse en casa. Cuando no puedes con tu enemigo, lo mejor es que te unas a él y simules amistad. Kate, con toda la suavidad que encontró, le quitó de las manos el *abeto jersey* y la invitó a abandonar la habitación.

—*I'll do it, mom.**

Gala se retiró con la satisfacción de los vencedores. Su hija, en contra de su voluntad, apilaba pantalones, jerséis varios, camisetas... «¿Los patiiines?» Lo que no podía controlar era lo que su hija decidiera meter allí dentro. Al fin y al cabo, era su maleta y cargaría ella con el peso.

Adele, en cambio, como aspirante a *scout*, sabía perfectamente qué llevarse. Su maleta estaba prácticamente lista. Todo delicadamente colocado y ordenado en el interior. La pequeña, cuando se lo proponía, era extremadamente meticulosa, tan escrupulosa como su cirujano padre. Como si guardara un pequeño tesoro, cargó con los tres últimos libros de *The Chronicles of Narnia*.

—*I know, mom, it's only a week...***

Cada una de sus hijas con sus *hobbies* a cuestas. Poco podía decirles, ya que se las llevaba secuestradas a un pueblo que nada tendría que ver con su Nueva York natal. Miró el reloj, faltaba poco para que llegara Frederick. ¿Qué llevarse? Ropa de abrigo y lo más cómoda posible. Poco brillante y mucho vaquero.

—*Are we going on holidays?****

Gala detestaba el tono de superioridad que siempre acompañaba a las preguntas de Don Pluscuamperfecto.

* —Mamá, ya lo hago yo.

** —Ya lo sé, mamá, es solo una semana.

*** —¿Nos vamos de vacaciones?

Había llegado la hora de la verdad y, aunque le costara, tragó saliva y le contó de corrido la aventura: llamada + difunta tía abuela + herencia + viaje + dinero + vuelta a casa. Sencillo; algo precipitado, pero sencillo. Frederick tardó unos segundos en reaccionar ante la concatenación de hechos y decisiones. Cinco segundos y... soltó una sonora carcajada.

—*Are you kidding me?**

No soportaba los planes sorpresa y, menos aún, los viajes. Ante la falta de reacción de Gala, se dio cuenta de que su mujer iba en serio con ese viaje + herencia + dinero + vuelta a casa. ¡Como si fuera tan sencillo! Gala era lista, pero tenía siempre serias dificultades para organizarse y el tiempo siempre era variable en ella.

—*Just a week?****

De nuevo ese tono irritante. Gala sintió el rubor en las mejillas, no soportaba la ironía de Frederick. Él trató de convencerla para que desistiera. No con ansias de ayudarla, sino por la nula confianza en la capacidad resolutiva de su mujer. Insistía en que alguien podía tramitarlo a distancia, estaba claro que no era necesario estar presente:

—*Wouldn't it be easier through Skype?*****

Don Pluscuamperfecto se lo tomaba a guasa, a locura pasajera, todo aquel arrebato de preparar maletas, pero al mismo tiempo sabía que cuando su mujer se empecinaba en algo era tan terca que, aunque supiera que si no frenaba estrellaría el coche contra la farola, era capaz de no pisar el freno con tal de no dar el brazo a torcer. Se sentó en el sillón de la habitación y comenzó a prepararse para

* —¿Me tomas el pelo?

** —¿Solo una semana?

*** —¿No sería más fácil por Skype?

la ducha. Nada ni nadie podía echar a perder la ducha después del trabajo. Cuadriculado, meticulado y hedonista, así era Don Pluscuamperfecto. Se desnudó delante de ella, muy despacio, lanzándole una a una las prendas que se iba quitando. Aunque lo intentó, Gala no pudo evitar mirar de soslayo el cuerpo de su marido, perfectamente esculpido. Le daba rabia, pero no podía impedir caer en sus redes, sabía cómo hurgar en sus puntos débiles y activar su lado sumiso. Intentó aleccionarse de lo inadecuado de llevar la escena a mayores. No había tiempo que perder. Las niñas podían entrar en cualquier momento y, sobre todo, con tanto ajeteo y emociones, estaba entumecida de sudor y maloliente. Apartó como pudo la lengua de Frederick, que iba directa a dispararle la libido.

—*Not now, please.**

Apenas le salió un hilillo de voz. Bajó la cabeza y tragó saliva. Él se arrodilló delante de ella. Le cogió la cara con las dos manos y la forzó a mirarlo. A contemplar su cuerpo desnudo, tremendamente erecto y listo para el envite. Frederick disfrutaba con aquello, le encantaba ser el amo en cualquier situación, y en el sexo, más. Gala se levantó tratando de interrumpir el hechizo. Frederick la detuvo con fuerza y, desde atrás, la embistió con ganas. Gala no logró evitar que sus caderas se movieran solas y se contonearan de placer. Su cuerpo reaccionaba siempre más allá de su voluntad y, aunque lo necesitaba, quería parar, era consciente de que él, nuevamente, tenía el poder. En apenas cinco segundos la había desnudado, metido en la ducha y abierto de piernas. El agua corría con fuerza, él la tenía presa, inmóvil. Le encantaba taparle la boca y que ella le mordiera. Gala necesitaba cariño, pero la brusquedad en

* —Ahora no, por favor.

el sexo le arrebatava toda la cordura. No podía evitar disfrutar de ese lado salvaje, de estar atrapada, de formar parte de un juego animal. Le oyó jadear y no pararon hasta que lo descargó todo. Apenas un segundo más tarde, aplastada contra la pared y a riesgo de romperle una costilla, la soltó; libre otra vez, pero con la dignidad a la altura de la alcantarilla. Gala salió de la ducha sin mirarlo, empapada y con ganas de vomitar. Frederick siempre había necesitado el morbo para funcionar, y ella echaba de menos el cariño, la seducción, el erotismo más allá de lo pornográfico; todo aquello que desapareció en apenas un año. Se vistió con el primer trapo que encontró y, como si nada hubiera ocurrido, siguió metiendo cosas en la maleta, intentando recuperar la magia perdida en aquella agresión consentida.

La pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella acabó en la cara de Frederick debido a una cadena de acontecimientos que terminaron con el estallido y la definitiva pérdida de control de Gala. No era una cena cotidiana, sino cargada de iones negativos. Kate protestaba y le suplicaba a su padre que evitara ese viaje. Frederick sazonó la culpa de Gala a base de zarpazos de ironía y comentarios hirientes sobre esa decisión que, como otras muchas, tenía todos los números de terminar en un refrendado desastre.

—*You are always a master of positivity.**

Un desastre similar a cuando decidió aprender a hacer repostería y llenó la casa de postres tóxicos. O cuando se decidió por el deporte y se compró el kit completo para practicar *running*, se hizo socia de un exclusivo club de *running* y, en menos de una semana, colgó las deportivas y no volvió a pisar Central Park. Era demasiado aeróbico, así

* —Siempre eres una maestra del optimismo.

que probó con otras disciplinas como el pilates, el yoga, y de ahí a la meditación, al *mindfulness*, y hasta le dio por probar el *pole dancing* porque sus amigas decían que era lo mejor para los abdominales. ¡Cierto! No era demasiado constante con las cosas, pero simplemente porque no había encontrado nada en lo que encajara y fuese con su condición: madre, ama de casa rica y casada con un respetadísimo cirujano que lo respeta todo menos a ella. No soportaba que Frederick la pusiera en evidencia delante de las niñas. Él, Don Pluscuamperfecto, que apenas aparecía por casa, pero que todo en él estaba bien. A ella la vida le aburría bastante y era cierto que, si no quería terminar como su madre, adicta a las operaciones y a las compras inútiles, necesitaba encontrar algo más que contemplar fotografías en el International Center. Por eso, aquel viaje podía suponer la liberación para montar el negocio que quisiera sin tener que escuchar sermones de su marido o de su madre. Gala estaba convencida de que ESE era el viaje. No siempre dos más dos son cuatro y, aunque solo fuera por un tema de probabilidad, alguna vez algo le tenía que salir bien.

—*You're fucking great. What else do you want?**

En ese preciso momento, como si se tratara de un acto reflejo, pilló el trozo de pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella que quedaba en la mesa y, como si fuera un maestro napolitano, le dio un par de vueltas desde el otro extremo de la mesa, estiró el brazo y lanzó la pizza con toda la fuerza que pudo acumular. No tardó ni medio segundo en impactar de lleno en la cara de Frederick y, como si se tratase de un proyectil, trozos de *pepperoni* y mozzarella saltaron por los aires. Adele dejó de masticar y Kate soltó

* —Estás de puta madre. ¿Qué más quieres?

un taco y se le escapó la risa. No le había dado tiempo a quitarse los trocitos de *pepperoni* cuando fue rociado con todo líquido que Gala encontró encima de la mesa. Primero le lanzó la copa de vino, luego la Coca-Cola de Kate y terminó con el batido de arándanos que se estaba bebiendo Adele.

—*What the fuck are you doing? Are you crazy?*

—*You're gonna take us to the airport in less than five hours. So... you'd better take a shower.**

Gala abandonó el salón con un tembleque en las piernas, sin mirar atrás y dispuesta a terminar de hacer la maleta. Frederick y ella no volvieron a hablarse. Las llevó al aeropuerto, besó a las niñas... no sin antes clavarle una mirada de desagrado y superioridad, y se fue sin despedirse. Gala se sintió desvalida, más insegura que nunca. Tuvo la tentación de llamar a su madre y contarle toda la historia, pero podía ser peor el remedio que la enfermedad. Desde que había conocido a su *personal trainer*, su querida madre había perdido la poca conexión que tenía con la Tierra. A estas alturas apenas se podía hablar con ella si no era de su quinta boda, las lacas de uñas y los milagros del ácido salicílico.

El viaje había sido largo, y la llegada, peor de lo que se imaginaba. Apenas consiguió dormir un par de horas y, aunque debía levantarse pronto, no podía moverse de aquel lamentable sillón orejero, pulgoso y de más de cien años. Todo en aquella casa era una reliquia; a la moderni-

* —¿Qué coño estás haciendo? ¿Estás loca?

—Nos vas a llevar al aeropuerto dentro de menos de cinco horas. Así pues..., más te vale darte una ducha.

dad se la echó a patadas o, quizá, nunca supo llegar hasta ese recóndito lugar. Le escocían los ojos del agotamiento, era incapaz de pensar con claridad. Todo aquello comenzó a parecerle un simple espejismo: la llamada, el viaje, aquella casa... Tal vez era solamente un sueño y, en ese momento, un sueño dentro de un sueño. Los párpados le pesaban, intentó levantarse, quería echar un vistazo a las niñas, pero el sillón orejero hizo de planta carnívora y la devoró.

—*Mommy... Mom?**

Esa voz que venía de muy lejos consiguió sacarla del pozo, de la oscuridad. Gala abrió primero los ojos, después cerró la boca y terminó limpiándose la baba que le había caído. Al ver a su hija Adele en aquel lugar pegó un brinco. «*Where the hell are we?»,*** fue su primer pensamiento antes de que su mente, en un fogonazo de lucidez, la pusiera en vereda: llamada, herencia, viaje, dinero, casa.

—¿Dónde está tu hermana?

Kate seguía completamente dormida, ni siquiera se había descalzado de puro agotamiento del viaje. Gala subió a la primera planta y, sin apenas reparar en los detalles, entró en el baño. Necesitaba poder darse una ducha antes de que el coche que las había traído las llevara a su cita con el señor Riudaneu. Asearse, estar en condiciones de recibir la buena nueva: convertirse oficialmente en heredera universal de Amelia Xatart. «¿A qué se dedicaría mi tía abuela? ¿Tierras? ¿Ganado?» No tenía ni idea de los menesteres del campo, Gala era urbanita y lo más rural que había hecho era ir al rancho a montar a caballo y darse un succulento festín. Después de dejar correr el agua un buen rato, desis-

* —Mami... ¿Mamá?

** «¿Dónde demonios estamos?»

tió de la ilusión del agua caliente y decidió lavarse como los gatos. Sin apenas haberla inspeccionado, intuía que aquella casa necesitaba más que una puesta a punto... un derribo y volver a empezar. Las niñas se vistieron y la esperaron con la promesa incumplida de no tocar nada.

¡Aquel lugar era como la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones! Había miles de objetos, decenas de cuadros en cada pared y multitud de libros. Incluso a Kate, que seguía con el entrecejo arrugado, le entraron ciertas ganas de curiosar. Empezó por inspeccionar la vieja caldera; Kate disfrutaba montando y desmontando aparatos, odiaba leerse los libros de instrucciones y, como quien juega con piezas Lego, otro de sus *hobbies* era personalizarlos. Le maravilló aquel espécimen que, lejos de accionarse con gas procedente de tuberías, iba conectado mediante una manguera de goma gorda a un enorme tapón de metal de una especie de bidón cilíndrico de color naranja. Jamás había visto algo parecido, pero estaba claro que era como una batería prehistórica. Aquello debía recargarse o cambiarse por otra igual si querían tener agua caliente. Aunque Adele le aconsejó que no lo tocara, Kate se fijó en que había otro cilindro naranja al lado sin manguera. Intentó moverlo, pero apenas pudo. Aquello pesaba más de lo que imaginaba. Comprobó que la manguera llegaba sin necesidad de mover la bombona. Solo tenía que quitar el tapón a una y colocarlo en la otra... Se apresuró a hacerlo mientras su hermana pequeña le lanzaba una mirada congelada y ella se mordía la lengua a causa de la excitación. Cuando estaba a punto de comprobar si su gesta había funcionado...

—¡Ni se te ocurra tocar eso, Kate! Puede ser peligroso. Todo está muy viejo aquí y a la mínima... podemos salir volando.

La niña miró desafiante a su madre y, con la mano en un grifo, lo abrió sin parpadear. El sonido de la caldera en funcionamiento le dibujó una media sonrisa. Su mano buscó el agua sin despegar la mirada de su madre.

—¿Piensas comportarte así toda la semana?

Percibió el cambio de temperatura en el agua y sintió plena satisfacción. Siguió mirando a su madre, con el agua corriendo. A Kate le podía el orgullo y, a veces, sentía que su madre había nacido sin él.

—¡¡¡Kate!!! ¿Me has oído? ¡Cierra el grifo, por favor!
Turn off the fucking tap!

Lo cerró tan bruscamente como pudo, la cal y los años habían hecho mella en las juntas. Ella no había elegido estar en aquel lugar, pero desde luego no pensaba quedarse y vivir como una mendiga sin agua caliente ni calefacción ni comida.

—Ya hay agua caliente... Arregla el resto o llévame a un hotel donde se pueda vivir. ¡Esta casa se cae a trozos!

Kate tenía razón, pero no quiso concederle el gusto. Aunque la casa se estuviera cayendo, no podía hacerle el feo a la muerta. Pensó que hacer pasar a las niñas unos días sin lujos ni sábanas de algodón era un buen aprendizaje de vida. Estaban demasiado acomodadas en el bienestar, en la buena vida y en tener cualquier cosa al alcance de la mano.

«¿Qué hay de malo en vivir rústicamente durante una semana?» Gala vio la oportunidad de acercarse a sus hijas y convivir sin tecnología, conocerlas más y disfrutar las tres de una experiencia parecida a una acampada en Fire Island, uno de los lugares preferidos de Adele. Kate no estaba en las mismas que su madre; caminaba con el brazo en alto y el móvil buscando cobertura sin éxito. Aquel lugar era peor de lo que su imaginación podía haber creado.